

## LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE LAS MUJERES

*Es un hecho que la sociedad (Iglesia incluida) ha sido dominada por los varones. ¿Se debe aceptar fatalistamente como voluntad de Dios, este hecho? ¿No nos invita más bien el Dios de la revelación judeo-cristiana a liberarnos de las trabas del sexismo y de cualquier otra forma de opresión humana? En este artículo, la autora investiga los efectos de la dominación del varón sobre la espiritualidad de las mujeres. Estudia cómo su experiencia de marginación y de subordinación ha afectado a su «ministerio» eclesial y a su autocomprensión religiosa. ¿No puede ser toda esta experiencia de opresión y de muerte de las mujeres, semilla de nueva vida liberada, verdaderamente humana, para todos?*

*The effects of women's experience on their spirituality, Spirituality Today, 35 (1983) 100-116*

Sólo durante los últimos diez o veinte años han usado las mujeres católicas el término ministerio en relación a sí mismas. En general, los hombres o las mujeres católicos no ordenados se han considerado participantes activos de la misión de la Iglesia en la medida en que daban buen ejemplo del fiel cumplimiento de sus deberes de estado.

Sin embargo, las mujeres no *podían* ser ordenadas. Así, quedaba excluida para ellas una posibilidad real de participación en el ministerio oficial de la Iglesia. Si un chico joven podía considerar el ministerio como una opción viable, las mujeres se veían completamente excluidas de esta dimensión de la experiencia cristiana. Solamente ahora nos damos cuenta de lo espiritualmente traumática que ha sido esta experiencia de rechazo eclesial para las mujeres católicas.

Incluso aunque con excepciones particulares, en la esfera pública la mujer siempre ha aparecido como dependiente del varón.

### LOS EFECTOS DE LA EXCLUSIÓN DEL MINISTERIO

¿Qué efectos tuvo esta exclusión del ministerio en la autocomprensión de las mujeres como cristianas?

En primer lugar, las mujeres raramente se han considerado llamadas al ministerio. Lo que hoy consideraríamos un ministerio, las mujeres lo consideraron como "servicios auxiliares". Visitar enfermos, fundar una familia cristiana, etc., eran actividades consideradas laicales, modos de ayudar a los curas en su ministerio.

En segundo lugar, las mujeres han ido adquiriendo un sentido de indignidad para lo sagrado. No sólo no podían ser ordenadas, sino que, además, no podían estar en el presbiterio del templo mientras tuviera lugar el servicio divino.

En consecuencia, desde el punto de vista sacramental, dependían totalmente de los hombres. El acceso típicamente católico a Dios, mediante los sacramentos de la penitencia y eucaristía, estaba totalmente controlado por el varón. Aunque la mayoría de las mujeres experimentaban esta dependencia con un cierta fatalidad, había ocasiones en las que lo doloroso de esta posición de inferioridad en lo sacramental afloraba a la conciencia (p. Ej., cuando la monjas tenían por confesores a capellanes que les eran asignados sin su consentimiento, y que generalmente no servían para otro ministerio).

Esta situación de subordinación venía reforzada por la divinización de la masculinidad, quedando la feminidad excluida de la esfera de lo divino. El sacerdote era visto como "otro Cristo" y su status divino, abierto a todos los hombres, estaba cerrado a las mujeres, que solamente podían acceder a la divinidad a través de los hombres.

### **Aspectos positivos de esta situación**

A pesar de que esta situación ha distorsionado la identidad cristiana de las mujeres, hay también otra cara de la moneda que no hemos evaluado suficientemente: se trata de efectos que sólo podían ser vistos como potencialidades positivas gracias a los logros que el pensamiento feminista ha hecho conscientes.

El ministerio de las mujeres, no menos real por su falta de reconocimiento, nunca ha sido "ritualizado". Hay una relación inversa entre ritualización y personalización. Lo ritual subsume la individualidad del ritualista. El ministerio de las mujeres ha consistido simplemente en el servicio personal de un ser humano a otro en el nombre de Cristo. Es fácil ritualizar el servicio personal, pero no es tan fácil volver a dar carácter personal a ministerios que han sido ritualizados en su mayor parte. Las actividades ministeriales de las mujeres (aunque pertenezcan a la sustancia de los sacramentos) nunca han sido ritualizadas ni han perdido su carácter personal o interpersonal. Raramente han sido un ejercicio de poder o de disciplina. El ministerio no ritualizado de las mujeres no ha contribuido a presentar una imagen de Dios adusta, sometida a la idea de justicia exacta y de retribución. Es más, experimentados directores espirituales afirman que pueden corregirse imágenes falseadas de Dios cuando se reconocen en El cualidades que se encuentran en las mujeres que uno ha tratado en la vida.

Fácilmente se comprende que las mujeres han tenido menos dificultad en practicar sus ministerios como servicio y no como ejercicio de poder. Prueba de ello es que en la Iglesia del postconcilio, las mujeres han revisado más rápidamente sus compromisos institucionales para responder a las necesidades reales. Las mujeres se han identificado con los oprimidos y se han comprometido con sus recursos personales y comunitarios a la promoción de la justicia social.

No quiero dar a entender que esta situación de exclusión sea justificable o buena. Pero es un hecho. Como también es un hecho que los perseguidos y humillados pueden identificarse mejor con el gran Ministro, Jesús, que fue un simple laico perseguido por las autoridades religiosas de su tiempo y que, en su solidaridad con los pobres, encontró la base de su ministerio no ritualizado, de servicio personal exento de poder, pero singularmente revelador del Dios verdadero.

## EFFECTOS DE LA SOCIALIZACIÓN

Las mujeres han sido virtualmente excluidas de la participación en la modelación de la política externa e interna de la Iglesia. Las leyes eclesiásticas del matrimonio han sido formuladas sin la contribución de las mujeres; lo mismo podría decirse de las leyes canónicas sobre las religiosas. Finalmente, los documentos oficiales de la Iglesia sobre cualquier problema social nunca han tenido en cuenta la contribución de las mujeres que forman la mayoría de los pobres y hambrientos del mundo, que experimentan como madres los problemas médicos que suscitan las declaraciones morales, etc.

En segundo lugar, el hecho de que las mujeres ejerzan papeles dependientes del varón ha impedido a la mayoría de ellas el ejercicio de un liderazgo religioso, privándolas del sentido de sí mismas y limitando su imaginación a preguntarse qué servicio pueden prestar. Las mujeres religiosas han representado una fuerza contrarrestante en la esfera del liderazgo. Pero este liderazgo sólo ha sido reclamado por las religiosas en tiempos recientes.

Un tercer efecto de esta situación es que la mayoría de las mujeres tienden a aceptar como normal el monopolio del liderazgo y de la autoridad por parte de los hombres con quienes trabajan. El potencial liderazgo de otras mujeres constituye una amenaza para aquellas mujeres que siempre se consideran subordinadas a los hombres y, por lo tanto, prefieren trabajar para ellos. Tales mujeres se atribuyen a sí mismas y a las demás los rasgos estereotipados que la sociedad les ha hecho considerar como características suyas: frivolidad, falta de capacidad de juicio, sentimentalismo, falta de inteligencia...

### Aspectos positivos de esta situación

En general, las mujeres tienen más experiencia del modo de ejercer el ministerio asignado a los hombres de la que los hombres tienen del modo en que ejercen el suyo las mujeres. Estas nunca han desempeñado ministerios exclusivamente por sí mismas, sino que han tenido que involucrar a los hombres y encontrar modos de trabajar con ellos. Así están mejor preparadas para trabajar en colaboración con los hombres de lo que los hombres lo están para trabajar con las mujeres.

La reciente adaptación femenina a las funciones públicas es mucho más fácil que la correspondiente adaptación masculina a las funciones no públicas. Es relativamente fácil dominar las actividades públicas para una persona adulta inteligente. En cambio, la destreza en la vida privada, en las relaciones interpersonales, la sensibilidad para con los otros son mucho más difíciles de dominar cuando ya es tarde para aprender estas cualidades.

Es una suerte que alguien haya mantenido estas actitudes: seguramente el ministerio de la Iglesia se enriquecerá en los años venideros en la medida en que la experiencia femenina influya en su actividad ministerial. Cabe esperar un mayor énfasis en la responsabilidad compartida, procedimientos no autoritarios, actitudes más humanitarias...

Las mujeres han sido a menudo víctimas de la organización jerárquica. Aunque puede ocurrir que las víctimas utilicen el poder para, a su vez, convertir a los otros en víctimas,

también puede suceder que éstas repudien en sus relaciones con los demás aquello que les ha hecho sufrir tanto. Las mujeres, especialmente en algunas comunidades religiosas, tienen facilidad para crear estructuras comunitarias no jerárquicas; y las que tienen un cierto liderazgo en las situaciones ministeriales van introduciendo valores y estructuras no dominantes.

Sin pretender justificar nada, hay que reconocer que el sufrimiento de las mujeres raramente ha sido infructuoso, aunque haya sido causado injusta y violentamente. Estudios recientes demuestran que las mujeres que ejercen algún ministerio o se sienten llamadas a él, ofrecen signos de notable madurez psicológica y de desarrollada conciencia ministerial que, por otra parte, no muestran estudios comparativos sobre varones ordenados.

### **MASCULINIZANDO LA EXPERIENCIA RELIGIOSA**

Dos factores han condicionado la experiencia femenina de Dios. El primero es la masculinización de la experiencia religiosa cristiana. La mayoría de directores espirituales, teólogos, confesores han sido hombres. Incluso la formación de las órdenes religiosas femeninas ha sido impartida a través de los hombres p de libros y reglas escritos por hombres. Son, claro está, negativos y desafortunados los efectos de tal predominio masculino sobre la formación espiritual femenina.

Los hombres no han sido conscientes de que la formación espiritual de las mujeres podía ser diferente de la suya y les han propuesto una combinación de práctica espiritual masculina y del ideal del "eterno femenino" (que, según Jung, no es más que la proyección del "anima" masculina y no la idea real de las mujeres). Han enseñado a las mujeres a precaverse de los vicios específicamente masculinos y no las han alertado, en cambio, sobre aquellos vicios que suele provocar su socialización: miedo, timidez, celos, estrechez de miras, manipulación, etc.

El predominio de lo intelectual sobre lo afectivo en el acceso a Cristo, del método sobre la intuición en la oración, del militarismo sobre la amistad como modelo de vida espiritual, de la sumisión a la iniciativa personal en el apostolado son expresiones de los intereses y experiencias de los hombres. A las mujeres se les ha urgido a ser "viriles" y a adquirir por la fuerza las virtudes "masculinas".

El dominio del varón ha eclipsado la experiencia y los modelos femeninos de la biblia y de la historia de la espiritualidad. Raramente se ha animado a las mujeres a imitar a las grandes mujeres de la historia de salvación. En las eucaristías celebradas para una comunidad predominantemente femenina, el que preside raramente tiene la suficiente sensibilidad de llamar la atención, en la plegaria eucarística, no sólo sobre Abraham, Isaac y Jacob, p. Ej., sino también sobre Sara, Rebeca y Raquel. Incluso el único modelo femenino invocado con real fervor, María, madre de Jesús, ha sido deformado para sacralizar la subordinación de la mujer. Hay pocos ejemplos de mujeres santas y, con la excepción de Teresa de Avila y Catalina de Siena ninguna ha sido reconocida como doctora de la Iglesia.

Finalmente, se ha forzado a las mujeres a calificar negativamente lo que parecía específicamente femenino en su experiencia espiritual. La pasividad en la oración es

sospechosa; la compasión puede ser debilidad; la amabilidad para consigo misma, tibieza; y la amabilidad para con los demás, compromiso de valores. En nuestro tiempo el silencio interior, la oración centrada en el cuerpo, la paciencia para consigo mismo y la compasión hacia los demás -elementos estereotipadamente femeninos- emergen como aspectos deseables de la espiritualidad tanto masculina como femenina.

La experiencia religiosa femenina ha sido devaluada y, además, la masculinización de la experiencia religiosa ha empobrecido la experiencia religiosa de las mujeres.

### **Aspectos positivos**

Jung explica que la individualización se da por la interpretación del ego consciente con el material de lo inconsciente. Su teoría psicológica nos ha hecho ver que la persona necesita integrar el aspecto diferencial del otro sexo en su personalidad para conseguir la plenitud.

En primer lugar, a las mujeres se les ha enseñado a valorar los aspectos masculinos de su personalidad, a adquirir las virtudes masculinas y a pensar y rezar de modo masculino. El Dios que tratan de imitar ha sido ideado en términos masculinos. Los hombres, por el contrario, han sido entrenados a reprimir los aspectos femeninos de su personalidad. Quizá las mujeres tendrán que trabajar para apreciar al máximo su femineidad. Sin embargo, a los hombres les corresponde la tarea más difícil: la de valorar lo femenino e integrarlo.

A menudo las mujeres entienden la experiencia espiritual masculina mejor de lo que los hombres entienden la femenina. Han seguido las mismas pautas que los hombres y sufrido los mismos fracasos. No es sorprendente el aumento de directores espirituales entre las mujeres: éstas tienen una profunda experiencia interpersonal, habilidad para moverse en la esfera privada, una aproximación no jerárquica al ministerio y un pleno acceso -masculino y femenino- a la experiencia espiritual.

### **EFFECTOS DE UN DIOS EXCLUSIVAMENTE MASCULINO**

Prescindiendo de la masculinidad de Jesús, tema cuya extensión desborda los límites de este artículo, permítaseme decir que la biblia no presenta un Dios en términos exclusivamente masculinos, sino como alguien cuya verdadera imagen es masculina y femenina. En el antiguo testamento, el espíritu de Dios es la personificación femenina de la sabiduría. Sin embargo, la dimensión femenina de Dios no ha sido suficientemente advertida.

Por este motivo se da un sentido de exclusión de lo divino en las mujeres. Dios y el hombre pertenecen al mismo orden de cosas, del que las mujeres están excluidas. Para ellas es de institución divina que sólo los hombres pueden representar a Dios. Hace falta una curación de este sacralizado autorrepudio para que las mujeres puedan asumir su participación real e igual en la naturaleza divina.

Las mujeres han experimentado a Dios de la misma manera que han experimentado a los hombres. Admiran a Dios pero también pueden ser dominadas por El. Incluso

pueden ser una molestia y sólo pueden justificarse mediante el servicio continuado. A menudo se requiere un gran esfuerzo en la oración y la ayuda de un director espiritual para que la mujer pueda experimentar el real aprecio que Dios le tiene no por lo que hace sino por lo que es.

Muchas mujeres piensan que deben ir a Dios con el permiso de los hombres (los únicos que pueden administrarles los sacramentos). Como mujeres han sido excluidas del estudio de la teología, que les podría ofrecer un acceso independiente al significado de la palabra de Dios. En una palabra, en cualquier tema, incluso remotamente relacionado con lo sagrado, las mujeres necesitaban la mediación de los hombres.

### **Aspectos positivos**

Las mujeres han guardado mejor que los hombres el sentido de la alteridad y no manipulabilidad de Dios. Tienen poca tendencia a asimilarse a Dios o a hablar en su nombre. Son más sensibles a la libre intervención de Dios en sus vidas y poco propensas a atribuirle a su propio talento o suerte. La religión real nace de un profundo sentido de la trascendencia de Dios, y, aunque a las mujeres se les ha escamoteado la experiencia específicamente cristiana de la encarnación, son quizá portadoras del sentido de la trascendencia de Dios, lo único que puede liberar a nuestra raza de ser aniquilada en una orgía de orgullo tecnológico y militar.

Precisamente por no sentirse representantes de Dios, las mujeres nunca han perseguido a los otros en nombre de El, ni han promovido guerras santas para destruir sus enemigos. Prefieren ignorar los problemas de la excomunicación y ofrecer a los demás lo que necesitan y no lo que "merecen".

Su dependencia del hombre, en lo que respecta a la vida oficial de la religión, ha hecho que las mujeres se especializaran en la oración personal. Quien tenga experiencia en la dirección espiritual puede atestiguar que las mujeres tienen una vida de oración personal más desarrollada que la de los hombres. Han sabido encontrar su modo de oración genuinamente afectiva, a menudo de elevada calidad.

Es evidente que no deseo justificar la marginación de la mujer en la Iglesia. Pienso que la experiencia del cristianismo, estructurada por el misterio de Jesús, en la que la vida eterna surge de la muerte inflingida por el mal, nos enseña a remover las cenizas de la violencia a la espera de que el ave fénix de una nueva vida surja ante nuestros ojos. El sufrimiento de las mujeres ha sido un fuego que ha refinado mucho oro. La noche de la opresión y de la inferioridad está muriendo y amanece un nuevo día en el que la experiencia religiosa y el ministerio de las mujeres estará al servicio de la Iglesia en orden a la liberación, tanto de los hombres como de las mujeres.

**Tradujo y condensó: JOSEP GIMENEZ**